



CRÓNICA DE BLANES

Suavidad helénica y placidez ochocentista

Por V. COMA SOLEY

Dice un popular cronista que los pueblos felices son los que no tienen historia. Blanes, a más de historia, dispone de varias leyendas, entre las cuales cabe destacar la de Theolongo Baccio, príncipe de la Laletania, amigo de Escipión el Africano y partidario de los romanos, que se opuso con sus huestes al paso de los cartagineses mandados por Anibal cuando se dirigían a Italia. Esta leyenda, más o menos histórica, no la forjó ningún blandense ni veraneante de aquellos tiempos. Surge por primera vez en la Crónica de Florián do Campo, cronista que fue de Carlos V. Ignoramos si este historiador estuvo en Blanes, pero sí podemos dar fe que el gran Emperador permaneció unos días en nuestra población al dirigirse por mar a la península apenina. Todavía se conservan en el Archivo Parroquial unos privilegios firmados por Carlos I de España y V de Alemania.

La historia de Blanes, mejor dicho, de la antigua Blanda, se pierde en la nebulosidad de los tiempos.

Una muralla ibérica y fragmentos de cerámica son documentos que demuestran la existencia de un antiguo poblado situado en el «puig d'en Lladó» (peña de Los Padres), el cual evolucionó bajo la influencia de los griegos de Ampurias hasta convertirse en una discreta ciudad romana, de la cual nos hablan algunos historiadores latinos, ciudad que no hay que confundir con otra de nombre idéntico situada en la Liguria. La gran cantidad de lucernas, monedas, ánforas y documentos pétreos, confirman las noticias de los aludidos historiadores, uno de los cuales señala en el litoral catalán Ampurias y Tarragona como ciudades importantes y de muy inferior categoría Barcino, Iluro, Bétulo y Blanda.

De la invasión sarracena, no se tiene la menor idea concreta y sólo podemos afirmar que la antigua Blanda del «puig d'en Lladó» se trasladó a la falda de la montaña de San Juan en los